

Cómo el diablo se aparece

Hablaba el diablo con los sacerdotes, con los señores y con otros, pero no á todos. Ofrecían cuanto tenían al que se le aparecía; aparecíaseles de mil maneras, y finalmente, conversaba con todos ellos muy á menudo y muy familiar, y los bobos tenían á mucho que los dioses conversasen con los hombres; y como no sabían que fuesen demonios, y oían de su boca muchas cosas antes que aconteciesen, creían cuanto les decían; y porque él se lo mandaba, le sacrificaban tantos hombres, y le traían pintado consigo de tal figura, cual se les mostró la primera vez; pintábanle á las puertas, en los bancos y en cada parte de la casa; y como se les aparecía de mil trajes y formas, así lo pintaban de infinitas maneras, y algunas tan feas y espantosas, que se maravillaban nuestros españoles; pero ellos no lo tenían por feo. Creyendo pues estos indios al diablo, habían llegado á la cumbre de crueldad, so color de religiosos y devotos; y éranlo tanto, que antes de comenzar á comer, tomaban un poquillo, y lo ofrecían á la tierra ó al sol; de lo que bebían, derramaban alguna gota para dios, como quien hace salva; si cogían grano, fruta ó rosas, quitábanle alguna hojuela antes de olerla, para ofrenda; el que no guardaba estas y semejantes cosillas, no tenía á dios en su corazón, y como ellos dicen, era mal criado con los dioses.

Desollamiento de hombres

De veinte en veinte días es fiesta festival y de guardar, que llaman tonalli, y siempre cae el día postrero de cada mes. Pero la mayor fiesta del año, y donde más hombres se matan y comen, es de cincuenta y dos en cincuenta y dos años. Los de Tlaxcallán y otras repúblicas celebran estas fiestas, y otras muy solemnes, de cuatro en cuatro años.

El postrer día del mes primero, que llaman tlacaxipeualiztli, matan en sacrificio cien esclavos, los más cautivos de guerra, y se los comen. Juntábase todo el pueblo al templo. Los sacerdotes, después de haber hecho muchas ceremonias, ponían los sacrificados uno á uno, de espaldas sobre la piedra, y vivos los abrían por los pechos con un cuchillo de pedernal; arrojaban el corazón al pie del altar como por ofrenda, untaban los rostros al Vitcilopuchtli, ó á otro con la sangre caliente, y luego desollaban quince ó veinte de ellos, ó menos, según era el pueblo y los sacrificados; revestíanse los otros tantos hombres honrados, así sangrientos como estaban; ca eran abiertos los cueros por las espaldas y hombros; cosíanse los que viniesen justos, y después bailaban con todos lo que querían. En Méjico se vestía el rey un cuero de estos, que fuese de principal cautivo, y regocijaba la fiesta bailando con los otros disfrazados. Toda la gente se andaba tras él por verle tan fiero, ó como ellos dicen, tan devoto. Los dueños de los esclavos se llevaban sus cuerpos sacrificados, con que hacían plato á todos sus amigos; quedaban las cabezas y corazones para los sacerdotes; embutían los cueros de algodón ó paja, y ó los colgaban en el templo, ó en palacio,

por memoria; mas esto era habiéndolo prendido el Rey, ó algún tecuitli; iban al sacrificadero los esclavos y cautivos de guerra con los vestidos ó divisa del idolo á quien se ofrecían; y sin esto, llevaban plumajes, guirnaldas y otras rosas, y las más veces los pintaban ó emplumaban, ó cubrían de flores y hierba. Muchos de ellos, que mueren alegres, andan bailando, y pidiendo limosna para su sacrificio por la ciudad; cogen mucho, y todo es de los sacerdotes. Cuando ya los panes estaban un palmo altos, iban á un monte que para tal devoción tenían diputado, y sacrificaban un niño y una niña de cada tres años, á honra de Tlaloc, dios del agua, suplicándole devotamente por ella si les faltaba, ó que no les faltase. Estos niños eran hijos de hombres libres y vecinos del pueblo; no les sacaban los corazones, sino degollábanlos. Envolvíanlos en mantas nuevas, y enterrábanlos en una caja de piedra.

La fiesta de Tozoztli, que ya los maizales estaban crecidos hasta la rodilla, repartían cierto pecho entre los vecinos, de que compraban cuatro esclavitos, niños de cinco hasta siete años, y de otra nación. Sacrificábanlos á Tlaloc porque lloviese á menudo; cerrábanlos en una cueva que para esto tenían hecha, y no la abrían hasta otro año. Tuvo principio el sacrificio de estos cuatro muchachos, de cuando no llovió en cuatro años, ni aun cinco, á lo que algunos cuentan; en el cual tiempo se secaron los árboles y las fuentes, y se despobló mucha parte de esta tierra, y se fueron á Nicaragua.

El mes y fiesta de Hueitozotli, estando ya los panes criados, cogía cada uno un manojo de maíz, y venían todos á los templos á ofrecerlo con mucha bebida, que llaman atulli, y que se hace del mismo maíz; y con mucho copalli para sahumar los dioses que crían el pan. Bailaban toda aquella noche, y ni sacrificaban hombres ni hacían borracheras.

Al principio del verano y de las aguas celebran una fiesta que llaman Tlaxuchimaco, con todas las maneras de

rosas y flores que pueden; ofrécenlas en el templo, engrinaldando los idolos con ellas. Gastan todo aquel día bailando. Para celebrar la fiesta de Tecuilhuitl se juntaban todos los caballeros y principales personas de cada provincia, á la ciudad que era la cabeza; la vigilia en la noche vestían una mujer de la ropa é insignias de la diosa de la sal, y bailaban con ella todos. En la mañana sacrificábanla con las ceremonias y solemnidad acostumbrada, y estaban el día en mucha devoción, echando incienso en los braseros del templo. Ofrecían y comían grandes comidas en el templo el día de Teutleco, diciendo: «Ya viene nuestro dios, ya viene.» Debía ser que llamaban al diablo á comer con ellos.

Los mercaderes, que tenían templo por sí, dedicado al dios de la ganancia, hacían su fiesta en Miccailhuitl, matando muchos esclavos comprados; guardaban fiesta, comían carne sacrificada, y bailaban.

Solemnizaban la fiesta de Ezalcoaliztli, que también era consagrada á los dioses del agua, con matar una esclava y un esclavo, no de guerra, sino de venta. Treinta días ó más antes de la fiesta ponían dos esclavos, hombre y mujer, en una casa, que comiesen y durmiesen juntos como casados, y llegado el día festival, vestían á él las ropas y divisa de Tlaloc, y á ella las de Matlalcuie, y hacíanles bailar todo el día, hasta la media noche, que los sacrificaban; no los comían como á otros, sino echábanlos en un hoyo que para esto tenía cada templo.

La fiesta Uchpaniztli sacrificaban una mujer; desollábanla, y vestían el cuero á uno; el cual bailaba con todos los del pueblo dos días arreo, y ellos ataviábanse muy bien de mantas y plumajes.

Para la fiesta de Quecholli salía el señor de cada pueblo con los sacerdotes y caballeros á caza, para ofrecer y matar todo lo que cazasen, en los templos del campo. Llevaba gran repuesto y cosas que dar á los que más fieras tomasen, ó más bravas fuesen, como decir leones, tigres,

águilas, víboras y otras grandes sierpes; toman las culebras á manos, y mejor hablando á pies; porque se atan los cazadores la yerba picietlh á los pies, con la cual adormecen las culebras; no son tan enconadas ni ponzoñosas como las nuestras, sino son las de Almería. Toman eso mismo las culebras de cascabel, que son grandes, tocándoles con cierto palo. Sacrificaban este día todas las aves que tomaban, desde águilas hasta mariposas; toda suerte de animalias, de león á ratón, y de las que andan arrastrando, de culebra hasta gusanos y arañas; bailaban, y volvíanse al pueblo.

El día de Hatamuztli guardaban la fiesta en Méjico entrando en la laguna con muchas barcas, y anegando un niño y una niña metidos en un acalli, que nunca más pareciesen, sino que estuviesen en compañía de los dioses de la laguna. Comían en los templos, ofrecían muchos papeles pintados; untaban los carrillos á los ídolos con ulli, y tal estatua había que le quedaba la costra de dos dedos de aquella goma.

Cuando hacían la fiesta de Tititlh bailaban todos los hombres y mujeres tres días con sus noches, y bebían hasta caer; mataban muchos cautivos de los presos en las guerras de lejos tierras.

Sacrificio de hombres

Por honra y servicio del ídolo de fuego regocijaban la fiesta que llaman Xocotheueci, quemando hombres vivos. En Tlacopán, Coyouacán, Azcapuzalco, y otros muchos pueblos, levantaban la víspera de la fiesta un gran palo rollizo como mástil; hincábanlo en medio del patio ó á la puerta del templo; hacían aquella noche un ídolo de toda

suerte de semillas, envolvíanlo en mantas benditas, y liábanlo porque no se deshiciese, y á la mañana poníanlo encima del palo. Traían luego muchos esclavos de guerra ó comprados, atados de pies y manos; echábanlos en una muy grande hoguera que para tal efecto tenían ardiendo; y medio asados, los sacaban del fuego, y los abrían, y sacaban los corazones, para hacer las otras solemnidades; bailaban tras esto el día todo al rededor del palo, y á la tarde derribaban el mástil con su dios en tierra; cargaba luego tanta gente por tomar algún granillo ó migaja del ídolo, que muchos se ahogaban. Creían que comiendo de aquello los hacía valientes hombres.

En la fiesta de Izcalli sacrificaban muy muchos hombres, y todos esclavos y cautivos, á reverencia del dios del fuego. La principal ceremonia era vestir á un prisionero los vestidos del dios del fuego, y bailar mucho con él, y cuando andaba cansado matábanlo también como á sus compañeros.

Donde más cruelmente solemnizan esta fiesta, es en Cuahutitlán; aunque no la celebran cada año, sino de cuatro en cuatro años. Á las visperas de esta fiesta hincaban seis árboles muy altos en el patio, que todos los viesén, y los sacerdotes degollaban dos mujeres esclavas delante los ídolos en lo alto de las gradas; desollábanlas enteras y con sus caras, hendíanles los muslos y sacábanles las canillas. Otro día luego de mañana tornaban todos al templo á los oficios; subían dos hombres principales del pueblo á lo alto, y vestíanse los cueros de aquellas desolladas; cubrían sus caras con las de ellas, como máscaras; tomaban sendas canillas en cada mano, y muy paso á paso bajaban las gradas, pero bramando. Estaba la gente como atónita de verlos bajar así, y todos á voz en grito decían: «Ya vienen nuestros dioses, ya vienen nuestros dioses, ya vienen.» En llegando al suelo tañían los atabales, huesos y bocinas, y ataban á los enmascarados con sendas codornices sacrificadas, por unos agujeros que les hacían en los

cueros del brazo de las muertas; y muchos pliegos de papel pintados, y pegados unos con otro á la fila, y prendidos de las espaldas. Iban estos dos hombres bailando por todo el pueblo, y á cada puerta y cantón les echaban codornices, como en ofrenda, sacrificándolas; cogían las codornices, que infinitas eran, cenábanselas los dos revestidos, y los sacerdotes y hombres principales del pueblo con el señor; la razón por que había tanta codorniz era porque venían á la fiesta con mucha devoción los de la comarca, y aun de diez y más leguas aparte. Aspaban también el mismo día seis presos en guerra; empicotábanlos en lo más alto de los seis árboles que habían puesto el día antes; asaeteábanlos luego muchos flecheros, derribaban los árboles, y hacíanse mil pedazos los huesos, y así como estaban los sacrificaban, sacándoles el corazón y haciendo las otras ceremonias que suelen; arrastrábanlos después, y en fin los degollaban. De la manera que mataban éstos, mataban otros ochenta y aun ciento aquel mismo día, y todos de seis en seis; jamás se oyó semejante crueldad. Dejaban á los sacerdotes las cabezas y corazones que comiesen ó enterrasen, y llevábanse los cuerpos á casa de los señores, y otro día tenían banqueté con ellos, y grandes borracheras. También sacrificaban más allá de Xalixco hombres á un ídolo como culebra enroscada, y quemándolos vivos, que es lo más cruel de todo, y se los comían medio asados.

Otros sacrificios de hombres

La mayor solemnidad que hacían por año en Méjico era al fin de su catorceno mes, á quien llaman panquezaliztli; y no sólo allí, pero en toda su tierra la celebraban pom-

posamente, ca estaba consagrada á Tezcátlipuca y á Vitcilopuchtli, los mayores y mejores dioses de todas aquellas partes; dentro del cual tiempo se sangran muchas veces de noche, y aun entre día, unos de la lengua, por donde metían pajuelas; otros de las orejas, otros de las pantorri-llas, y finalmente, cada uno de donde quería y más en devoción tenía. Ofrecían la sangre y oraciones con mucho incienso á los ídolos, y después sahumábanlos. Eran obligados de ayunar todos los legos ocho días, y muchos entraban al patio como penitentes para ayunar todo un año entero y para sacrificarse de los miembros que más pecaban. Entraban asimismo algunas mujeres devotas á guisar de comer para los ayunadores. Todos éstos tomaban su sangre en papeles, y con el dedo rociaban ó pintaban los ídolos de Vitcilopuchtli y Tezcatlipuca y otros sus abogados. Antes que amaneciese el día de la fiesta venían al templo todos los religiosos de la ciudad y criados de dioses, el Rey, los caballeros y otra infinita gente; en fin, pocos hombres sanos dejaban de ir. Salía del templo el gran Achcahutili con una imagen pequeña de Vitcilopuchtli muy arreada y galana, poníanse todos en rengle, y caminaban en procesión. Los religiosos iban con las sobrepellices que usan, unos cantando, otros incensando; pasaban por el Tlatelulco; iban á una ermita de Acolmán, donde sacrificaban cuatro cautivos. De allí entraban en Azcapuzalco, en Tlacopán, en Chapultepec y Vicilopuchco, y en un templo de aquel lugar, que estaba fuera en el camino, hacían oración, y mataban otros cuatro cautivos con tantas ceremonias y devoción, que lloraban todos. Volvíanse con tanto á Méjico, después de haber andado cinco leguas en ayunas, á comer. Á la tarde sacrificaban cien esclavos y cautivos, y algunos años doscientos. Un año mataban menos, otro más, según la maña que se daban en las guerras á cautivar enemigos. Echaban á rodar los cuerpos de cautivos las gradas abajo. Á los otros, que eran de esclavos, llevaban á cuestas. Comían los sacerdotes las cabezas de los

esclavos y los corazones de los cautivos. Enterraban los corazones de los esclavos, y descarnaban los de los cautivos para poner en el osar. Daban con los corazones de éstos en el suelo, y echaban los de aquellos hacia el sol, que también en esto los diferenciaban, ó tirábanlos al ídolo cuya era la fiesta; y si le acertaban en la cara era buena señal. Por festejar la carne de hombres que comían, hacían grandes bailes y se emborrachaban.

Por el mes de Noviembre, cuando ya habían cogido el maíz y las otras legumbres de que se mantienen, celebran una fiesta en honor de Tezcatlipuca, ídolo á quien más divinidad atribuyen. Hacían unos bollos de masa de maíz y simiente de ajenjos, aunque son de otra suerte que los de acá, y echábanlos á cocer en ollas con agua sola. Entre tanto que hervían y se cocían los bollos, tañían los muchachos un atabal, y cantaban sus ciertos cantares al rededor de las ollas; y en fin decían: «Estos bollos de pan ya se tornan carne de nuestro dios Tezcatlipuca;» y después comíanselos con gran devoción.

En los cinco días que no entran en ningún mes del año, sino que se andan por sí para igualar el tiempo con el curso del sol, tenían muy gran fiesta, y regocijábanla con danzas y canciones y comidas y borracheras, con ofrendas y sacrificios que hacían de su propia sangre á las estatuas que tenían en los templos y tras cada rincón de sus casas; pero lo sustancial y principalísimo de ella era ofrecer hombres, matar hombres y comer hombres, que sin muerte no había alegría ni placer.

Los hombres que sacrificaban vivos al sol y á la luna porque no se muriesen, como habían hecho otras cuatro veces, eran infinitos, porque no les sacrificaban un día solamente, sino muchos entre año; y al lucero que tienen por la mejor estrella mataban un esclavo del rey el día que primero se les demostraba, y descúbrenlo en otoño, y venle doscientos sesenta días. Atribúyenle los hados; y así, agüeran por unos signos que pintan para cada día de

aquellos doscientos sesenta. Creen que Topilcín, su rey primero, se convirtió en aquella estrella. Otras cosas y poesías razonaban sobre este planeta; mas porque para la historia bastan las dichas, no las cuento; y no sólo matan un hombre al nacimiento de esta estrella, mas hacen otras ofrendas y sangrías, y los sacerdotes le adoran cada mañana de aquellas, y sahuman con inciensos y sangre propia, que sacan de diversas partes del cuerpo.

Cuando más se sangraban estos indios, antes cuando nadie quedaba sin sangrías ni lancetadas, era habiendo eclipse del sol, que de luna no tanto, ca pensaban que se quería morir. Unos se punzaban la frente, otros las orejas, otros la lengua; quién se sajava los brazos, quién las piernas, quien los pechos; porque tal era la devoción de cada uno, aunque también iban aquellas sangrías según usanza de cada villa; ca unos se picaban en el pecho y otros en el muslo, y los más en la cara; y entre los mismos vecinos de un pueblo era más devoto el que más señales tenía de haberse sangrado, y muchos andaban agujereadas las caras como harnero.

De una fiesta grandísima

La fiesta que con más sacrificados solemnizaban en Méjico era de cincuenta y dos en cincuenta y dos años; y como á día de grandísima santidad, venían á ella de diez y de veinte leguas aparte los que no la celebraban en sus pueblos. Mandaba el achcahutli mayor que matasen con agua todos los fuegos de los templos y casas, sin quedar una sola brizna, y también aquel gran brasero del dios de masa, que nunca se moría; que si moría, mataban al religioso que tenía cargo de atizarlo, sobre el mismo brase-

ro. Este matar de fuegos hacían la postrera tarde de los cincuenta y dos años. Iban muchos tlamacazques de Vitcilopuchtli á Iztacpalapán, dos leguas de Méjico. Subían á un templo que está en el serrejón Vixachtla, á quien Motezuma tuvo grandísima devoción; y después de media noche, ya que comenzaba día, año y tiempo nuevo, sacaban lumbré de tlecuahuitl, que es palo de fuego, y sacábanla con un palillo como jugadera, metido de punta por entre dos leños secos, atados juntos y echados en el suelo, y traído á la redonda muy apriesa como taladro. Aquel mucho mecer y frotar causa tanto calor, que se encienden los leños. Sacada pues la nueva lumbré, y hechas todas las otras ceremonias que se requieren y usan, tornaban aquellos sacerdotes á Méjico muy corriendo con los tizones ó ascuas; poníanlas delante el altar de Vitcilopuchtli con mucha reverencia, hacían gran fuego, sacrificaban un cautivo en guerra, con cuya sangre rociaba el sacerdote mayor el nuevo fuego, á manera de bendición. Tras esto llegaban todos, y cada uno llevaba lumbré á su casa, y los forasteros á sus pueblos. Luego en siendo día sacrificaban en el lugar acostumbrado y con los ritos que suelen, cuatrocientos esclavos y cautivos, si los había de guerra, y comíanselos.

La gran fiesta de Tlaxcallán

Casi las mismas fiestas de Méjico y ritos de sacrificar hombres tenían en Tlaxcallán, Huexocinco, Chololla, Tepeacac, Zacatlán y otras ciudades y repúblicas, sino que variaban los nombres á los más días y dioses. Es verdad que mataban más niños por año para los dioses del agua Tlaloc, Matlalcuie y Xuchiúezatl, y que en una fiesta asae-

teaban un hombre puesto en una cruz, y en otra acañave-reaban otro en una cruz baja, y en otra desollaban dos mujeres muertas en sacrificio; vestíanse los cueros dos sacerdotes mozos y ligeros; corrían por el patio y por las calles de la ciudad tras los caballeros y bien vestidos; y al que alcanzaban quitábanle las mantas, plumajes y joyas que para honrar la fiesta se habían puesto. Empero la gran fiesta suya era de cuatro en cuatro años, que llaman Teuxiuitl, y que quiere decir año de Dios, y que cae al principio de un mes correspondiente á marzo. Al dios en cuyo honor se hacía dicen Camaxtle, y por otro nombre Mixcouath. Trae la fiesta ciento y sesenta días de ayuno para los sacerdotes, y para los legos ochenta. Antes de comenzar el ayuno predicaba el achcahutli mayor á sus hermanos, esforzándolos al trabajo venidero, amonestándoles fuesen los criados de Dios que debían, pues habían entrado allí á servirle; y en fin, les decía cómo era llegado el año de su dios para hacer penitencia; por tanto, el que se sintiese flaco ó indevoto saliese del patio de Dios dentro de cinco días, y no sería culpado ni amenguado por ello; mas que si después se salía, habiendo comenzado el ayuno y penitencia, sería tenido por indigno del servicio de los dioses y de la compañía de sus siervos, y privado del oficio y honra clerical, y sus bienes confiscados. Pasado el quinto día de plazo, preguntábales si estaban todos, y si querían ir con él. Respondían que sí; y con tanto iban con el Achcahutli doscientos y trescientos y más clérigos á una sierra, cuatro leguas de Tlaxcallán, muy áspera y alta. Quedábanse todos los tlenamacaques, antes de acabarla de subir, orando, y el Achcahutli subía solo. Entraba en un templo de Matlalcuie, y ofrecía al idolo con grandísima reverencia esmeraldas, plumas verdes, incienso y papel. Tornábase á la ciudad. Ya para entonces estaban en el templo todos los servidores de idolos que había en el pueblo, con muchos haces de palos. Comían todos muy bien y bebían no poco, que aun el ayuno estaba por entrar.

Llamaban luego muchos carpinteros, que también hubiesen ayunado y rezado cinco días, para alisar y aguzar aquellos palos. Íbanse éstos después de haber hecho su oficio, y venían los navajeros, ayunos asimismo. Sacaban y afilaban muchas navajas y lancetas de azabache, y poníanlas sobre mantas limpias y nuevas. Si alguna de ellas se quebraba primero que se acabase, vituperaban al maestro, diciendo que no había ayunado. Los sacerdotes perfumaban aquellas nuevas navajas, y poníanlas al sol en las mismas mantas. Cantaban unos cantares regocijados al són de ciertos atabalejos. Callaban los atabales, y cantaban otro cantar triste, y luego lloraban muy recio. Iban entonces todos, unos tras otros, como quien toma ceniza, á un sacerdote que estaba en la más alta grada; el cual horadaba, como hombre diestro en el oficio, la lengua de cada uno por medio con su navaja, que para eso hacían tantas. Arrodillábanse á Camaxtle, y comenzaban á pasar palos por las lenguas. Cada uno pasaba según su estado, ó tiempo que servía al ídolo; quién ciento, quién doscientos: pero el Achcahutli y los viejos metían aquel día cada cuatrocientos y cinco palos de aquellos más gordos por el agujero de las lenguas. Cuando acababan este sacrificio era más de media noche. Cantaba luego el Achcahutli, y respondían los otros barbullando; que la sangre y dolor no les dejaba libre la voz. Ayunaban veinte días, comiendo muy poquito, y hacían de manera que no se les cerrase el agujero de la lengua, porque á los veinte días, y cuarenta, y á los sesenta, y á los ochenta habían de sacar por él otras cada tantas varas cuantas el primero. Así que se sacrificaban cinco veces de esta misma manera en ochenta días, y montaban las varas, que sólo el Achcahutli ensangrentaba dos mil y veinte. Al cabo de los ochenta días ponían un ramo en el patio, que todos lo viesen, para que todos ayunasen los otros ochenta días que quedaban hasta la Pascua. Y no dejaba nadie de ayunar, como era su costumbre, comiendo poco y bebiendo agua. No podían comer chili,

que es manjar caliente, ni bañarse, ni tocar á mujer, ni apagar el fuego; y en casa de los señores, como Maxixca-cin y Xicotencatl, si el fuego se moría, mataban al esclavo que lo atizaba, y derramaban la sangre en el hogar. Aquel mismo día que ponían el ramo hincaban ocho varaes grandes en el patio, como virlos, y echaban en medio de ellos todas sus varas ensangrentadas para quemar después; pero primero las presentaban á Camaxtle como ofrenda. En los segundos ochenta días se metían eso mismo pajas aquellos sacerdotes por las lenguas; mas no tantas como antes, ni tan gordas, sino como cañones. Cantaban siempre, y respondían con voz lastimera. Salían á pedir por las aldeas con ramos en las manos, y dábanles como en limosna mantas, plumas y cacao. Encalaban y lucían muy bien todas las paredes del templo, patio y salas; y tres días antes de la fiesta se pintaban los sacerdotes, unos de blanco, otros de negro, otros de verde, otros de azul, otros de colorado, otros de amarillo, y otros de otro color; en fin, ellos parecían extrañamente, porque allende de las muchas colores, se hacían mil figuras por el cuerpo, de diablos, sierpes, tigres, lagartos y semejantes cosas. Bailaban todo el día de la víspera sin parar; venían algunos clérigos de Chololla con las vestiduras de Cuezalcoatlh, vestían á Camaxtle y otro diosecillo á par de él. Camaxtle era tres estados alto, y el otro ídolo parecía niño; pero teníanle tanto respeto, que no le miraban á la cara. Ponían á Camaxtle muchas mantillas, y sobre ellas una tecuxicoalli grande, y abierta por delante, á manera de loba, con aberturas para los brazos, y con un ruedo muy bien labrado, de hilo de pelos de conejo, que llaman tochomitl, y luego una capa sin capilla, como allá usan. Una máscara que diz que trajeron de Puyahutla, veintiocho leguas de allí, los primeros pobladores; de donde fué natural el mismo Camaxtle. Poníanle un grandísimo penacho verde y colorado, una muy gentil rodela de oro y pluma en el brazo izquierdo, y en la mano derecha una gran saeta con la punta de peder-

nal. Ofrecíanle muchas flores, rosas é incienso. Sacrificábanle muchos conejos, codornices, culebras, langostas, mariposas y otras cazas. Á media noche se revestia un sacerdote, y sacaba lumbre nueva, y santificábala con la sangre de un cautivo principal, que degollaba, á quien decían hijo del sol, por haber muerto en tan bendito día. Íbanse los sacerdotes cada uno á su templo con de aquella nueva lumbre, y allá sacrificaban hombres á sus ídolos. En el templo de Camaxtle, que está en el barrio de Ocolelulco, mataban cuatrocientos y cinco presos de guerra, que tantas varas se pasó por la lengua el gran Achcahutli. En el barrio de Tepetiepac mataban ciento, y casi cada otros tantos en los barrios de Tizatlán y Quiahuyztlán; y no había pueblo, de veintiocho que tiene, donde no matasen algunos. En fin, dicen que mataban y comían los de Tlaxcallán y su provincia aquel día y fiesta de Camaxtle, que celebran de cuatro en cuatro años, nueveientos y aun mil hombres. Los sacerdotes se desayunaban con aquella bendita carne, y los legos hacían grandes banquetes y borracheras. Eran grandísimos carniceros estos de Tlaxcallán, y muy valientes en la guerra. Tenían por valentía y honra haber prendido y sacrificado muchos enemigos, como quien dice haber vencido muchos campos, ó tener muchas heridas por la cara, recibidas en batalla. Tal tlaxcalteca había cuando Cortés entró allí, que tenía muertos en sacrificio cien hombres, presos con sus propias manos.

La fiesta de Quezalcoatl

Chololla es el santuario de esta tierra, donde iban en romería de cincuenta y cien leguas; y dicen que tenía trescientos templos entre chicos y grandes, y aun para

cada día del año el suyo. El templo que comenzaron para Quezalcoatl era el mayor de toda la Nueva-España, que, según cuentan, lo querían igualar con el serrejón que llaman ellos Popocatepec, y con otro que por tener siempre nieve, dicen Sierra-Blanca. Querían ponerle su altar y estatua en la región del aire, pues le adoraban por dios de aquel elemento; empero no lo acabaron, á causa, á lo que ellos mismos afirmaban, que edificando á la mayor priesa vino grandísima tempestad de agua, truenos, relámpagos, y una piedra con figura de sapo. Parecióles que los otros dioses no consentían que aquel se aventajase en casa; y así, cesaron. Todavía quedó muy alto. Tuvieron de allí adelante al sapo por dios, aunque lo comen: aquella piedra que dicen, tenían por rayo; porque muchas veces, después que son cristianos, han caído terribles rayos allí. Celebran la fiesta del año de Dios, que cae de cuatro en cuatro años, en nombre de Quezalcoatl; ayuna el gran Achcahutli cuatro días, sin comer más de una vez al día, y aquella un poco de pan y un jarro de agua; gasta todo aquel tiempo en oraciones y sangrias. Tras aquellos cuatro días comienzan el ayuno de ochenta días arreo, antes de la fiesta. Enciérranse los tlamacazques en las salas del patio con sendos braseros de barro, mucho incienso, púas y hojas de metl, y tizne ó tinta de bija. Siéntanse por orden en unas esteras á raíz de las paredes; no se levantan sino para hacer sus necesidades; no comen sal ni ají, ni ven mujeres; no duermen en los primeros sesenta días más de dos horas á prima noche y otras tantas á primo día. Su oficio era rezar, quemar incienso, sangrarse muchas veces al día de muchas partes de su cuerpo, y cada media noche bañarse y teñirse de negro. Los postreros veinte días, ni ayunaban tanto ni comían tan poco. Ataviaban la imagen de Quezalcoatl riquísimamente con muchas joyas de oro, plata, piedras y plumas, y para esto venían algunos sacerdotes de Tlaxcallán, con las vestimentas de Camaxtle; ofrecíanle la noche postrera muchos sartales y guirnaldas

de maíz y otras yerbas; mucho papel, muchas codornices y conejos. Para celebrar la fiesta vestíanse todos luego por la mañana muy galanes; no mataban muchos hombres, porque Quezalcoatl vedó el tal sacrificio, aunque todavía sacrificaban algunos.

Los ayunos de Teouacán

Otra manera de ayuno tenían en la provincia de Teouacán, muy grande y muy diversa de todas las dichas. De cuatro en cuatro años, que es, como dicen ellos, el año de Dios, entraban cuatro mancebos á servir en el templo; no vestían más de una sola manta de algodón, y aquella de año en año, y unas bragas; la cama era el suelo, la cabecera un canto. Comían á medio día sendas tortillas de pan y una escudilla de atulli, brebaje que hacen de maíz y miel. De veinte en veinte días, que comienza mes, y es fiesta ordinaria, podían comer y beber de todo. Una noche velaban los dos, y la otra los otros dos; pero no dormían en toda la noche de la vela, y sangrabanse cuatro veces para ofrecer la sangre con oraciones. Cada veinte días se metían por un agujero que se hacían en lo alto de las orejas, cada setenta cañas largas. Al cabo de los cuatro años tenía cada uno cuatro mil y trescientas veinte cañas metidas por sus orejas. Montaban las de todos cuatro ayunadores diecisiete mil y doscientas y ochenta cañas. Quemábanlas en acabando su ayuno con mucho incienso, para que los dioses gustasen de aquella suavidad. Si alguno dellos moría durante los cuatro años, entraba otro en su lugar; pero tenían que sería mortandad de señores. Si participaba con mujer, matábanlo á palos de noche, y á furia de pueblo, y delante los ídolos; quemábanlo y esparcían los polvos por

el aire para que no quedase memoria de tal hombre; pues no pudo pasar cuatro años sin llegar á mujer, habiendo pasado toda la vida Quezalcoatl, por cuya remembranza comenzó el ayuno. Con estos ayunadores se holgaba mucho Motezuma, y los tenía por santos. Cuentan dellos que conversaban siempre con el diablo, que adivinaban grandes cosas y que veían maravillosas visiones; pero la más continua era una cabeza con muy largos cabellos, por lo cual debían de criar cabello largo todos los sacerdotes de esta tierra.

No dejaré de contar otro sacrificio de moradores, aunque feo, por ser extrañísimo. Había muchos mancebos por casar de Teouacán, Teutilán, Cuzcaatlán y otras ciudades, que ó por devotos ó por animosos ayunaban muchos días, y después hendíanse con agudas navajas el miembro por entre cuero y carne cuanto podían, y por aquella abertura pasaban muchos bejucos, que son como sarmientos ó mimbres, gordos y largos, según la devoción del penitente; unos diez brazas, otros quince, y algunos veinte; quemábanlos luego, ofreciendo el humo á los dioses. Si alguno desmayaba en aquel paso no le tenían por virgen ni por bueno, y quedaba por infamado y por fementido.

Tal cual veis era la religión mejicana. Nunca hubo, á lo que parece, gente más, ni aun tan idólatra como esta; tan matahombres, tan comehombres; no les faltaba para llegar á la cumbre de la crueldad sino beber sangre humana, y no se sabe que la bebiesen.

De la conversión

¡Oh, cuántas gracias deben dar estos hombres á nuestro buen Dios, que tuvo por bien alumbrarlos para salir de